

La Realeza de Cristo en los Ejercicios Ignacianos

P. José Luis Torres-Pardo CR

Antes de entrar en materia, conviene hacer una triple advertencia:

1. La Realeza de Cristo puede decirse que es la "clave" ("idea-luz", "idea-fuerza") en el esquema de los Ejercicios.

"Esta meditación (del Reino de Cristo) está en el libro de los Ejercicios, fuera del número de las meditaciones de la segunda semana; y así es como el **fundamento de todas ellas**" (La Palma, "Camino espiritual").

2. Para comprender mejor la mente y el lenguaje de San Ignacio hay que tener en cuenta su rica personalidad, la profesión que ejerció, el ambiente en que vivió, y el carisma recibido de Dios.

A su fuerte temperamento y a su vocación castrense, habría que añadir la psicología típica del convertido, con todo lo que encierra de arrebatado, extremoso, e impaciente por recuperar el tiempo perdido.

El marco histórico en que se desenvuelve la vida de nuestro Santo son los tiempos heroicos de la Cristiandad, de las Cruzadas, de la Contrarreforma, de la España de la Reconquista y del Concilio de Trento. De ahí su espíritu caballeresco y la concepción dialéctica de sus Ejercicios. La gracia no destruye, sino que supone; purifica y eleva la naturaleza.

Los Ejercicios no son únicamente un método o un tratado espiritual, sino también y sobre todo la "cuenta de conciencia" que nos ha dejado San Ignacio de una "experiencia mística" inefable, la proyección hacia afuera de una gracia interior.

El P. Polanco, secretario de San Ignacio, nos "descubre" el por qué nuestro Santo hizo girar todos los Ejercicios sobre el "eje axial" de la Realeza de Cristo: porque -dice- "meditaba él **principalmente** las dos Banderas y el Rey temporal".

3. Independientemente de lo dicho, la idea de la Realeza de Cristo, desarrollada a través del libro (incluso ciertas expresiones, comparaciones y matices), es una idea **típicamente bíblica**. Las páginas de los Ejercicios están llenas de reminiscencias de las Sagradas Escrituras.

El itinerario espiritual recorrido por el Santo de Loyola tiene valor perenne y universal, pues no constituye en realidad sino la aplicación práctica de las diferentes etapas de la Historia de la Salvación.

Y empecemos por destacar, desde el primer momento, las **tres meditaciones "fuertes"** de los Ejercicios, en las cuales San Ignacio condensa magistralmente el "dogma hecho vida" de la Realeza de Cristo: el Reino, las dos Banderas, y el tercer grado de humildad.

En la dinámica de los Ejercicios, estas tres piezas no se pueden separar. Forman un todo coherente y completo, "in crescendo".

I. Meditación del Reino

En realidad la idea de Cristo Rey ya aparece, aunque **implícitamente**, en el "Principio y Fundamento", que es "cristocéntrico".

Pero de una manera **explícita** aparece por primera vez en la contemplación del Reino (Nº 91).

Vayamos al texto para destacar sus elementos esenciales.

1. Títulos de su Realeza

Cristo, en cuanto **Hombre-Dios** es Rey a triple título: por derecho de naturaleza, por derecho de conquista, y por derecho de elección.

a. Rey por derecho de naturaleza

Cristo es Rey en virtud de la unión hipostática realizada en la Encarnación.

"Todo fue creado por El y para El. El es antes que todo, y todo subsiste en El" (Col 1,16-17).

San Ignacio denomina a Cristo: "**Rey eterno**" (Nº 95) y "**eterno Señor**" (Nº 97). Con lo cual ya está indicando la Divinidad como fundamento ontológico-teológico de su Realeza y Realeza universal. Un "Rey eterno" no puede ser sino Dios.

El vocablo "Señor" en lenguaje ignaciano se refiere a "Cristo"; y en sentido bíblico se refiere a "Dios".

b. Rey por derecho de conquista

Cristo es Rey en virtud de la Redención. "Habéis sido rescatados no con plata y oro, sino con la sangre preciosa de Cristo" (1 Pe 1,19).

San Ignacio emplea precisamente la palabra "conquista", al poner en boca de Cristo Rey la arenga que dirige a sus vasallos:

"Mi voluntad es de **conquistar** todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre. Por tanto, quien quisiere venir conmigo, ha de trabajar conmigo, para que siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria" (Nº 95).

En el lenguaje de San Ignacio "conquistar" significa aborrecer el pecado, usar rectamente de las criaturas según el "tanto-cuanto" o "indiferencia", y sacralizarlo ("ordenarlo") todo para que Dios sea glorificado por Jesucristo.

Este derecho de conquista se manifiesta en la conclusión de las meditaciones de la **primera semana**, formulada por San Ignacio en el coloquio de misericordia:

"Imaginando a Cristo N.S. delante y puesto en cruz, hacer un coloquio, cómo de Creador ha venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados. Otro tanto mirándome a mi mismo, lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer

por Cristo, y así viéndole tal, y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se ofreciere" (Nº 53).

Hasta aquí lo que podríamos llamar Realeza en **sentido objetivo**. Corresponde ahora analizar el tercer título, o sea, la Realeza en **sentido subjetivo**: "lo que yo he de hacer por Cristo", como respuesta a "lo que Cristo ha hecho por mí".

c. Realeza por derecho de elección

Cristo es Rey además porque lo hemos "elegido" como tal en el **Bautismo**, al mismo tiempo que renunciamos a Satanás, a sus pompas y a sus obras.

Según San Ignacio la **respuesta** al llamamiento de Cristo Rey puede ser común o extraordinaria. A la primera alude cuando dice:

"...considerar que todos los que tuvieren juicio y razón ofrecerán todas sus personas al trabajo" (Nº 96).

Esta es la santidad que podríamos llamar de **primer grado**, que consiste en la práctica de los **mandamientos**, al mínimo necesario para salvarse.

Pero el Santo no se contenta con este mínimo, sino que sitúa al ejercitante, desde el primer momento, en la perspectiva de "**lo que más** nos conduce para el fin para el cual somos creados" (Nº 23).

De ahí la "oblación" que propone San Ignacio, "de mayor estima y mayor momento", para aquellos "que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal":

"¡Eterno Señor de todas las cosas!, yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante de vuestra infinita Bondad, y delante de vuestra Madre gloriosa y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra Santísima Majestad elegir y recibir en tal vida y estado" (Nº 98).

Esta es la santidad que podríamos llamar de **segundo grado**, que consiste en la práctica de los consejos evangélicos. A ella se refiere el 163.

Concilio vaticano II: "La Madre Iglesia se goza de que en su seno se hallen muchos varones y mujeres que siguen más de cerca el anonadamiento del Salvador, y dan un testimonio más evidente de El" ("Lumen Gentium", 42).

El ejercitante en esta meditación es **investido y armado caballero** de Cristo Rey.

¡Imaginemos a Ignacio, convertido de "hombre dado a las vanidades del mundo" (Autobiografía) en "caballero andante, enamorado perdidamente de Cristo su Señor, y de la Santísima Virgen, su Señora! Fue así como, después del sitio de Pamplona, se puso en camino hacia Montserrat "pensando -escribe él mismo- como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios... y así se determinó de velar sus armas toda la noche, sin sentarse ni acostarse, mas a ratos de pie y a ratos de rodillas, delante de altar de Nuestra Señora de Montserrat, adonde tenía determinado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo..."

¡Con razón se ha comparado a Iñigo de Loyola con la profunda y misteriosa figura de Don Quijote, imagen, los dos, de la raza española y de la Hispanidad inmortal!

San Ignacio ha trocado el "vano honor del mundo" por el "honor de caballero", que consiste en ser "señor de sí y en "mantener la Santa Fe católica". Para él no habrá ya otra nobleza ni aristocracia que la santidad." Muchos son los oficios que Dios en este mundo ha dado a los hombres para que lo sirvan -decía el Beato Lulio-. Pero los dos más nobles, más honrados y más cercanos son el de clérigo y el de caballero" ("Libro de la Orden de Caballería).

El precio" de esta entrega incondicional a Cristo Rey es "pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza" (Nº 98). Es el "riesgo" y la "suerte" del caballero... ¡La vida es para él una preparación a la muerte! Muerte que él contempla sin temor, más aún, como un premio y un galardón, eterno.

2. Ambito de su Realeza

La Realeza de Cristo es "católica", es decir, abarca la totalidad, ni se contenta con menos.

a. Realeza espiritual

La Realeza de Cristo no es "temporalista", "nacionalista", o "política". No implica una "teocracia" ni un dominio "terreno de la Iglesia. "Mi Reino no es de este mundo" (Jn 18,36), proclamó Jesús ante Pilato. Y cuando los judíos, entusiasmados por la multiplicación de los panes, fueron a proclamarle Rey, se escapó de sus manos, "se retiró otra vez al monte El solo" (Jn 6,15).

Por eso San Ignacio no pretende otra cosa, en esta contemplación, que llevarnos a la perfecta **imitación de Cristo, muerto y resucitado**, que es la condición, la señal y la garantía del **verdadero amor**.

Cristo reina espiritualmente por la **gracia santificante**, que excluye todo pecado.

San Ignacio pone en boca de Cristo Rey estas palabras "...el que quiera venir conmigo..." (Nº 95). Este **conmigo** quiere decir que Cristo va delante, ayudándonos con su gracia, con su palabra y con su ejemplo.

b. Realeza individual

El llamamiento de Cristo Rey va dirigido a "cada uno en particular" (Nº 95).

La santidad es algo, en primer lugar, personal. "El Reino de Dios está dentro de La Realeza de Cristo en los EE 4

vosotros" (Lc 17,21). Es el triunfo total de Dios en un alma libre.

Para que triunfe Dios en nuestra alma es preciso "dejarnos vencer" por amor de El, lo cual exige que El venza, en primer lugar, a los "**enemigos de adentro**", haciendo contra la propia sensualidad y contra el propio amor carnal y mundano (cfr N° 97).

c. Realeza social

San Ignacio dice también que Cristo Rey llama "a todo el universo mundo" (N° 95). "Mi voluntad -dice Cristo- es conquistar todo el mundo y todos los enemigos" (ib.). Porque Cristo es el "eterno Señor **de todas las cosas**" (N° 98), el "**Señor universal**" (N° 97).

Es Rey, por consiguiente, no sólo de los individuos, sino también, y por los mismos títulos, Rey de las familias, de las escuelas y universidades, de las profesiones, de las empresas y asociaciones, de los municipios, de las sociedades y de los Estados, de las patrias y de las naciones. La ciencia, la cultura, la política, la economía, el trabajo, la técnica y el progreso, deben estar al servicio de Cristo Rey, sin perder nada de su legítima (aunque ontológicamente siempre relativa) **autonomía y libertad**.

Para San Ignacio, la Realeza social es una consecuencia evidente de la Divinidad, de la Redención y de la Realeza individual de Jesucristo. "Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra" (Mt 28,18).

Entre las encíclicas monumentales de los últimos Papas, a partir de Pío IX, que tratan del tema que nos ocupa, se ha de destacar la "**Quas primas**" de Pío XI, cuyo 50° aniversario conmemoramos, y que bien puede llamarse la "Carta Magna" de la Soberanía social de Cristo. Pues bien, el gran Pontífice declara abiertamente y sin ambages, en continuidad con sus predecesores:

"No hay diferencia entre los individuos y el consorcio civil, porque los individuos unidos en sociedad, no por eso están menos bajo la potestad de Cristo que lo están cada uno de ellos separadamente... No rehusen, pues, **los jefes de las naciones** el prestar público testimonio de reverencia al imperio de Cristo, juntamente con sus pueblos, si quieren, con la integridad de su poder, el incremento y el progreso de la patria".

Doctrina tradicional, que "deja íntegra" el Vaticano II ("Dignitatis humanae", 1).

Doctrina que da por supuesta San Ignacio, y que se refleja en su célebre **parábola del Rey temporal** (N° 92).

El Reino de Cristo no es de este mundo, pero **está** en este mundo. Se consumará al **fin** del mundo, pero existe ya **desde ahora**.

Si el apostolado no es más que un desbordamiento de la vida interior, se comprende fácilmente que el ejercitante no puede contentarse con su santificación personal ni con una evangelización de "mera presencia", sino que tiene que **luchar** para que Cristo reine efectivamente en toda la sociedad.

San Ignacio nos hace pedir "gracia a Nuestro Señor para que no seamos sordos a su llamamiento, sino prestos y diligentes para cumplir su santísima voluntad" (N° 91). Y esa "santísima voluntad" es "conquistar todo el mundo y todos los enemigos".

Es "**perverso caballero**" quien "no acepta la petición de tal Rey" (N° 94) hasta las **últimas consecuencias**, ya sea porque rechaza la Realeza social (sólo acepta la individual, al estilo de los "católicos liberales", en el fuero interno de la conciencia), ya sea porque ~~aceptándola en teoría, nada hace por ella en la práctica, porque -dice con "prudente" timidez y cobardía- no es oportuno en el ambiente actual...~~ **La Realeza de Cristo en los EE. UU.**

II. Meditación de las dos Banderas

La meditación de las dos Banderas constituye una prolongación, perfectamente concatenada, de la meditación del Reino.

1.Reinos enfrentados

a. Existen dos Reinos, opuestos e irreconciliables, el de Cristo, "sumo Capitán y Señor nuestro", y el de Lucifer, "mortal enemigo de nuestra humana naturaleza" (Nº 136). Cristo, que "llama y quiere a todos debajo de su bandera, y Lucifer, al contrario, debajo de la suya" (Nº 137).

b. Es deber nuestro **discernir**: "Pedir conocimiento de los engaños del mal caudillo, y ayuda para guardarme de ellos; y conocimiento de la vida verdadera que enseña el sumo verdadero Capitán, y gracia para imitarlo" (Nº 139).

c. Frente a estos dos Reinos, no podemos permanecer neutrales, sino que hemos de **luchar** sin tregua con el "Príncipe de este mundo" (Jn 12,31), esa "bestia tan fiera" (Nº 325) que "se transfigura en ángel de luz" (Nº 332), y procura engañarnos con **apariencia de bien**, sirviéndose de cosas de suyo buenas, útiles y necesarias, para llevarnos a sus "perversas intenciones"; en una palabra, procura "entrar con la nuestra" para "salirse con la suya".

El llamamiento de Cristo Rey se traduce ahora en una verdadera guerra. San Ignacio lo indica con la clásica expresión **agere contra** ("reaccionar contra") repetida a lo largo de los Ejercicios.

Esta guerra comenzó en el paraíso, a raíz y como consecuencia del pecado (Gén 3,15), fue simbolizada en las tres tentaciones de Cristo en el desierto (Mt 4), y alcanzar su mayor dramatismo en los últimos tiempos, porque el demonio aumentará entonces su furor, "por cuanto sabe que le queda poco tiempo" (Ap 12,12). Esta es la "situación" en que nace, vive y muere todo hombre (cfr "Gaudium et spes", 37).

Nuestra participación en la lucha no se justificaría si no fuese provocada" por el celo en defensa de los derechos de Dios... "sólo que sea en vuestro mayor servicio y alabanza" (Nº 98), dice San Ignacio en su solemne oblación.

Sin milicia (ordenada, sobrenatural y prudente), la santidad y el apostolado serían una utopía o sentimentalismo o cobardía.

"Considerar -dice San Ignacio- cómo (el demonio) hace llamamiento de innumerables demonios (cfr Mc 5,9), y cómo los esparce a los unos en tal ciudad y a los otros en otra, y así por todo el mundo, no dejando provincias, lugares, estados ni personas en particular" (Nº 141). A este propósito son estremecedoras las palabras de San Pablo, cuando escribe que el Anticristo llegará "hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse dios a sí mismo" (2 Tes 2,4).

La táctica del diablo es "**echar redes y cadenas**" (Nº 142) para llevar al hombre a la esclavitud del pecado (Jn 8,34). San Ignacio señala **tres tentaciones** principales: codicia de riquezas, vano honor del mundo y, por último, "crecida soberbia", para de allí "llevar a todos los otros vicios". Al caer en la soberbia, el hombre pierde el temor de Dios y termina por adorar a Satanás, adorándose a sí mismo.

Son esas las mismas tres tentaciones con que Satán atacó a Cristo en el desierto. Y fue vencido. ~~Precisamente la lucha de Cristo contra el demonio es anuncio mesiánico y escatológico: "Si expulso a los demonios por el dedo de Dios, sin duda que el Reino de~~

Dios ha llegado a vosotros" (Lc 11,20).

Por el contrario, Cristo, el verdadero "Señor de todo el mundo" (Nº 145) llama y envía sus siervos y amigos por todas partes, a fin de atraer a los hombres a la pobreza, al deseo de oprobios y menosprecios, y a la humildad, y de ahí "a todas las otras virtudes" (Nº 146).

La **humildad** es precisamente la **condición** para el reinado de Dios en un alma, de modo "que así me abaje y me humille cuanto en mí sea posible, para que en todo obedezca la Ley de Dios Nuestro Señor" (Nº 165). Cristo no puede reinar en un corazón soberbio.

2. El campo de batalla

Los caudillos de cada una de las dos Banderas se esfuerzan por dominar tanto en el orden individual como social.

a. La inteligencia

San Ignacio nos hace pedir "conocimiento de los engaños del mal caudillo" (Nº 139), que es el demonio, el cual está sentado "en aquel gran campo de Babilonia, como en una **gran cátedra de fuego y humo**, en figura horrible y espantosa" (Nº 140).

La "gran cátedra" es la falsa ciencia, la falsa filosofía y la pseudo teología.

El "fuego y humo" simbolizan los efectos de esa mala doctrina: las pasiones desordenadas, sobre todo el orgullo, por una parte, y la vacuidad y el confusionismo, por otra.

Por el contrario, Cristo Rey es el Maestro que "enseña la vida verdadera" (Nº139) y que va "esparciendo su sagrada doctrina por todos los estados y condiciones de personas" (Nº 145). Es su divina Palabra, "viva y eficaz, y tajante más que una espada de dos filos y penetra hasta la división del alma y del espíritu" (Heb 4,12).

En las "Reglas para sentir con la Iglesia" (Nº 352) San Ignacio nos enseña:

- a **amar y adherir plenamente a la Doctrina** de "Nuestra Santa Madre Iglesia Jerárquica" (Nº 353), hasta el punto de "que lo blanco que yo veo creer que es negro, si la Iglesia Jerárquica así lo determine, creyendo que entre Cristo Nuestro Señor, Esposo, y la Iglesia, su Esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas" (Nº 365);

-a **precisar y distinguir**, para bien definir: "mucho advertir en el modo de hablar" (Nº 366), de modo que "el pueblo menudo no caiga en error alguno" (Nº 367), "mayormente en nuestros tiempos tan peligrosos" (Nº 369);

-a **combatir los errores**, para lo cual nos exhorta a formarnos en la doctrina de los Santos Padres, y en especial de los Escolásticos, ante todo **Santo Tomás**, porque "es más propio de los escolásticos... el definir y declarar para nuestros tiempos las cosas necesarias a la salud eterna, y para más impugnar y declarar los errores y todas las falacias" (Nº 363). Más peligroso aún que los errores son las ambigüedades, los equívocos, las "medias verdades". San Ignacio las llama "razones aparentes, sutilezas y asiduas falacias" (Nº 329).

b. El corazón (voluntad y afecto)

Es el segundo campo en el cual tenemos que luchar. Satanás "se hace como un caudillo para vencer y robar lo que desea... y por donde nos halla más flacos y más necesitados para nuestra salud eterna, por allí nos bate y procura tomarnos" (Nº 327).

Aquí las "redes y cadenas" son, con todas sus múltiples derivaciones, el apego a los bienes de la tierra, y el apego a nosotros mismos. Dicho de otra manera, ese **doblo "mundo"** del que nos habla San Ignacio en las meditaciones de los pecados: el **exterior** (el ambiente pútrido de las tres concupiscencias) y el **interior** (que son los "afectos desordenados", el "desorden de mis operaciones". Cfr N°63). Todo lo cual nos lleva a la esclavitud del pecado, por medio del cual ejerce Satán su dominio.

San Ignacio, con su ojo de "lince" nos descubre una artimaña selecta del demonio para hacernos caer sutilmente en el "acomplejamiento" y en el "respeto humano": Cuando estamos dispuestos a hacer o decir algo por la gloria de Dios, el diablo naturalmente no quiere que hablemos ni actuemos, para lo cual nos pone delante el sutil pretexto de no faltar a la "humildad", o a la "caridad", o a la "obediencia", o a la "prudencia", etc. En ese caso, ¿qué nos dice que debemos hacer? Pues purificar la intención, enderezando nuestro corazón a Dios, y obrar "per diametrum", es decir lo diametralmente opuesto a lo que nos sugiere la tentación (N° 351). Esta regla de oro es particularmente oportuna para aquellos que tienen autoridad o cargos de responsabilidad. Será la mejor manera de evitar lo que en moral se llama el "pecado de omisión".

c. La sociedad

Satanás se esfuerza, en fin, por dominar sobre todo el **orden temporal** (económico-político-social), por medio de las ideologías perversas, de la corrupción de las costumbres, de los medios de comunicación social, de la apostasía de las naciones..., en una palabra, por medio de un ataque, abierto o solapado, contra la Iglesia Católica y contra el Orden social cristiano.

Cristo Rey envía a sus apóstoles "por todo el mundo" (N° 145) para arrebatar a Satanás ese orden temporal, que es suyo. San Ignacio en el coloquio de las dos Banderas nos hace pedir "a Nuestra Señora me alcance la gracia de su Hijo y Señor para que yo sea recibido debajo de su bandera" (N° 147).

El enemigo **interno** de la Realeza social de Cristo es el **pecado**.

Pero el pecado no suele quedarse en el interior. Se exterioriza. El "malestar individual" se convierte en "malestar social" (cfr Rom 8,20). Y aparece así el enemigo **externo**: el **laicismo** en todas sus formas, "la peste que infecta la sociedad humana", como lo llamaba el Papa Pío XI en su "Quas primas". Es el grito blasfemo de la llamada "civilización moderna": "¡No queremos que Este reine sobre nosotros!" (Lc 19,14). ¡Cristo Rey arrojado de los Estados, de la cosa pública, de las Naciones Unidas, o puesto a la par de los otros dioses"!

La lucha del militante de Cristo Rey en el ámbito político- social debe tener como supremo objetivo "**la Paz de Cristo en el Reino de Cristo**". El problema político-social es, en el fondo, un problema moral y religioso.

III. Meditación del tercer grado de humildad

La Realeza de Cristo, aun cuando no aparezca explícitamente en esta meditación, alcanza su verdadera dimensión, su plenitud y su grandeza en esta página inmortal de los Ejercicios. Es el complemento de las meditaciones del Reino y de las dos Banderas, las tres piezas fundamentales e inseparables del esquema ignaciano. El llamamiento de Cristo Rey se convierte en una "guerra", hasta la "divina locura de la Cruz" del tercer grado de humildad.

He aquí la página más bella de los Ejercicios:

"Siendo igual gloria y alabanza de la Divina Majestad, por imitar y parecerme más actualmente a Cristo Nuestro Señor quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobios con Cristo lleno de ellos que honores, y desear más ser estimado por vano y loco por Cristo que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente **en este mundo**" (Nº 167).

Es la "lógica del corazón enamorado", es la "sabiduría misteriosa" revelada a los pequeños, es la "**locura de los Santos**", que este mundo no podrá nunca entender (cfr I Cor 2,14); "... porque la locura de Dios es más sabia que los hombres, y la flaqueza de Dios más poderosa que los hombres"; "hemos venido a ser necios por amor de Cristo... hemos venidos a ser hasta ahora como el desecho del mundo, como estropajo de todos" (I Cor 1,25;4,13).

¿Y por qué llegar a este extremo de "desear ser tenido por vano y loco por Cristo"? San Ignacio nos da la única respuesta: "...porque Cristo fue tenido primero por tal" (Nº 167). ¡Es el lenguaje lapidario y contundente del amor!

Cristo es Rey... sí Pero un **Rey de "burlas"**. Un Rey calumniado, abofeteado, escupido, condenado, crucificado. "¡Ha perdido el juicio!, ¿por qué lo escucháis?", bramaban los judíos (Jn 10,20). ¿Qué otra cosa puede ser esa "locura" de Cristo sino el misterio de la Cruz y el drama de su Pasión?

Herodes y Pilato fueron los dos grandes enemigos de la Realeza de Cristo.

Herodes, sanguinario y sensual, que lo "despreció y por burla le vistió una vestidura blanca" (Lc 23,11), tratándole de loco. Más aún, intentó matarle (Lc 13,31). Digno sucesor de su padre, Herodes el Grande, quien había buscado al Niño Jesús para darle muerte (Mt 2,13), y que "se turbó, y con él toda Jerusalén", cuando se presentaron los Magos preguntando con fe y valentía: "¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella la oriente y venimos a adorarle" (Mt 2,3).

Pilato era malo, pero fue débil, conciliador, cobarde... para acabar siendo traidor. Publicó varias veces la inocencia de Jesús, intentó librarlo...pero pudo más el respeto humano y entregó al Señor a los judíos, después de recurrir a la "cómoda" solución de "lavarse las manos".. Hizo azotar a Jesús; y los soldados, tejiendo una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza, le vistieron un manto de púrpura y acercándose a El le decían: "¡Salve, Rey de los judíos!... Pilato les dice: ¡Ahí tenéis a vuestro Rey! Pero ellos gritaron: ¡Fuera!, ¡fuera!, ¡crucifícale! Dijo Pilato: ¿A vuestro Rey voy a crucificar? Contestaron los príncipes de los sacerdotes: ¡Nosotros no tenemos más rey que al César!..." (Jn 19).

¡Es la historia de siempre! Cristo Rey, de Pilato a Herodes, y de Herodes a Pilato... y -cosa curiosa- ambos "en aquel día se hicieron amigos" (Lc 23,12).

Herodes es el símbolo de la **Revolución**, Pilato, del **Liberalismo**. Pero Cristo proclamó su Sagrada Realeza delante del uno y del otro. Ante Herodes, mediante su silencio soberano y lleno de dignidad señorial. Ante Pilato, con palabras expresas: "Yo soy Rey, como tú lo has dicho" (Jn 18,37). Y su título de Rey, a pesar de sus enemigos, quedó grabado en la cruz a la vista de todo el pueblo, con caracteres hebreos, griegos y latinos, como signo de su **indefectibilidad y universalidad**.

El ejercitante, investido "caballero andante" al servicio de "su Divina Majestad", identificado plenamente con este sublime ideal que le apasiona, sigue adelante, sin detenerse ante ningún obstáculo. La Realeza de Cristo en las E.E. "qué dirán". Revestido de

la librea de Jesucristo, que es la cruz de la pobreza y de las humillaciones, con inmensa alegría, se entrega a la muerte, para reinar un día, que no tendrá fin, con Cristo en la gloria.

San Ignacio nos invita a emprender esta inefable "aventura" de la santidad.

"Se trata de aventuras que llegan a parecer, a veces, por voluntad de lo interesados, ridículas locuras –escribe Przywara-. Como sucede en los Ejercicios, que parecen ser una norma o programa de servicio, y tienen, sin embargo, como centro la tercera manera de humildad, el pasar como necios y locos por Cristo, en extrema cercanía con el símbolo de Don Quijote. Así como en la Reforma lucha todo un pueblo irritado y desesperado con la abismal profundidad de Dios, hasta aparecer en la figura de Fausto como un ser entregado a la búsqueda en pacto con el diablo; en la España de ese tiempo todo un pueblo se arroja al fuego de la Verdad y del Amor divinos, hasta aparecer en la figura de Don Quijote como ridículo caballero de un tiempo pasado y despreciado" ("Teologúmeno español").

El "tercer grado de humildad" es la máxima expresión de la búsqueda del **magis**, "de lo más", es decir, de la **magnanimidad**, que es la virtud, en la opinión de Aristóteles y Santo Tomás, de la auténtica y máxima nobleza. Magnanimidad opuesta diametralmente a la **mediocridad** (llamada con frecuencia "justo medio", "prudencia" y "equilibrio"). Mediocridad, dicho sea de paso, que es uno de los signos de esta época.

Esta "locura" de la santidad es el imperio de Cristo en el alma, que culmina en la "contemplación para alcanzar amor" con el "tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad" (Nº 234). Es la coronación de todos los Ejercicios.

"Nada extraño –comenta Przywara- que en los primeros ejercitantes que tuvo el Santo haya llegado el entusiasmo producido por los Ejercicios hasta el límite de la locura, como narran con asombro testigos de la época".

Si siempre fue una "locura" proclamar la Realeza de Cristo ante el mundo, mucha mayor "locura" lo es en la actualidad. Hablar hoy de Cristo Rey es exponerse a quedar solo, a ser mirado con enojo. Un verdadero martirio.

Esta "muerte" del tercer grado de humildad constituye como el telón de fondo de toda la **tercera semana** de los Ejercicios, con las contemplaciones de la Sagrada Pasión.

Y llega a su culminación en la **cuarta semana**, con las contemplaciones de los misterios de gloria. La Realeza de Cristo resplandece sobre todo en su gloriosa Resurrección. Cristo es el **Rey de la Gloria**.

"Después será el fin, cuando (Cristo Rey) entregue a Dios Padre el Reino, cuando haya destruido todo principado, toda la Historia, teniendo rendidos a sus plantas, a los unos, los bienaventurados, por amor y a los otros, los condenados, por temor. Reino que "no tendrá fin", como dijo el ángel a María (Lc 1,33).

San Ignacio nos hace contemplar a Cristo "en el su solio real o trono de la su Divina Majestad" (Nº 106), rodeado "de los ángeles y santos interpelantes por mí" (Nº 232). Ese "Trono" es el símbolo de su Soberana Realeza. "Vi un trono alto y blanco, y al que en él se sentaba, de cuya presencia huyeron el cielo y la tierra, y no dejaron rastro de sí... Y dijo el que estaba sentado en el Trono: he aquí que hago nuevas todas las cosas" (Ap 20,11;21,5).

Alentado con la **esperanza** de la victoria, el caballero de Cristo Rey se abraza
La Realeza de Cristo en los EE 10

gustoso con su cruz, acordándose de las palabras del Apóstol: "Si sufrimos con El, reinaremos con El" (2 Tim 2,12). San Ignacio nos hace pedir en la "cuarta semana" la gracia de "alegrarme y gozarme intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo Nuestro Señor" (Nº 221). La "contemplación para alcanzar amor" es el premio de los que han luchado por la Realeza de Cristo, un anticipo del cielo. Es el preludio del eterno **Aleluya** que oirán en el cielo los caballeros de Cristo Rey, los que más se hayan querido "afectar y señalar en todo servicio de su rey eterno y Señor universal". "Oí una voz como de gran muchedumbre... que decía: ¡Aleluya!, porque ha establecido su reino el Señor" (Ap 19,6).

Sobre las tumbas de los más ilustres caballeros no ha faltado nunca un **epitafio**, resumen de su vida. Sobre la tumba de un caballero cristiano, yo esculpiría éste, tomado de San Pablo (2 Tim 4,7):

**“He combatido el buen combate,
he concluido mi carrera,
he conservado la fe”.**